El Corredor del Marqués: HISTORIAS ANTIGUAS

Por Elisa Villa

En 1904 Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, protagonizó junto a Gregorio Pérez la gran hazaña de alcanzar por primera vez la cima del Urriello. Tres años más tarde, Pidal volvió a vivir una aventura en los Picos de Europa, pero esta vez estuvo a punto de costarle la vida. El suceso, contado por Pidal en el periódico madrileño La Época, ocurrió en Cemba Vieva, cuando el marqués acababa de descender de la Torre de Santa María por la franja pizarrosa que atraviesa su cara norte. Sin duda alguna, la historia es el origen de que, muchos años más tarde, los montañeros diesen a esa vía el nombre de Corredor del Margués. Hoy día, el itinerario es bien conocido como actividad de invierno, cuando la franja pizarrosa se convierte en una blanca y empinada cinta de hielo que conduce a la cresta.



a pregunta que surge es la siguiente: ¿fue Pidal el primero que trepó o destrepó por el Corredor? Claramente la respuesta es no, va que por él deben haberse adentrado desde tiempos inmemoriales cazadores de rebecos y pastores en busca de sus cabras, y el mismo Pidal comenta en su artículo de 1907 que la Peña Santa de Enol ya había sido ascendida por todas sus caras menos por la oriental. Sin embargo, cuando el marqués hace esta afirmación es casi seguro que estaba pensando únicamente en las escaladas que se habí-



an llevado a cabo con ánimo estrictamente montañero. Entre ellas estarían las realizadas por otros piquistas pioneros, como el conde de Saint-Saud, Paul Labrouche y Gustavo Schulze.

1907, Pedro Pidal

Pedro Pidal cuenta en su artículo que, cierta mañana, salió de La Picota, la casa que la compañía minera que explotaba la Minas de la Bufarrera tenía junto al lago La Ercina, con intención de ascender la cumbre que él, para diferenciarla de Peña Santa de Castilla, llama Peña Santa de Asturias o Peña Santa de Enol. Al elegir este objetivo, Don Pedro se separa de las personas con las que había pernoctado en La Picota, entre las que estaban tres de sus hermanos, quienes pensaban dedicar la jornada a la caza, Gregorio Pérez, el Cainejo, ocupado aquel día en asistir a los cazadores, y el geólogo y alpinista Gustavo Schulze, empeñado en sus estudios geológicos.

El marqués se encontraba eufórico, feliz de volver a su amada Peña después de siete años de ausencia. Para el ascenso, eligió la cara este porque, según afirma en el escrito, era la única por la que nunca se había subido. Todo fue bien, alcanzando sin problemas la cima en la que se recrea contemplando un paisaje casi infinito. Para el descenso decide atajar por la pared norte ya que, según dice, es el camino más corto y es la dirección en la que se encuentra el campamento de los cazadores. Por añadidura, confía en que podrá deslizarse por el ventisquero de Cemba Vieya como una vez hizo en Gavarnie, ahorrando así mucho tiempo.

Está claro que Pidal va a descender por la frania de capas pizarrosas que cruza con traza oblicua la cara norte de la Torre de Santa María hasta conectar en la base con el que entonces era el permanente nevero de Cemba Vieya, pero los problemas surgen al llegar a éste: tiene cuatro o cinco metros de altura, está separado de la peña por una rimaya de metro y medio de ancho y, lo que es peor, la nieve está completamente endurecida. No sabe cómo afrontar aquella fuerte pendiente helada en la que sus alpargatas de esparto poca huella podían hacer y, finalmente, piensa en la posibilidad de deslizarse usando el rifle como un piolet en ramasse. Hace antes una prueba, pero la caída ya fue inevitable: Don Pedro perdió el equilibrio y, a gran velocidad, se deslizó incontroladamente durante más de doscientos metros (apreciación posterior de Schulze). Por suerte para él, la parte baja de Cemba Vieya ya recibía los rayos de sol, por lo que la nieve estaba allí algo más blanda y la caída se detuvo justo a tiempo de evitar que el marqués se estrellase contra las rocas. Magullado, sangrando, con la piel levantada y las ropas hechas jirones, se incorporó como pudo y emprendió el camino hacia el campamento, situado en el Llagu Secu de Cebolleda. En el trayecto se encontró con el geólogo Schulze quien, provisto de botas de clavos y piolet, se ofreció a subir a Cemba Vieya para recoger el reloj, el sombrero y el rifle que Pidal había perdido en el accidente. De regreso, Schulze, todavía impresionado, le comenta la gran longitud y pendiente de la caída y lo cerca que el marqués había estado de matarse. Este episodio ocurrió el 17 de septiembre de 1907, una fecha que sólo hemos conocido con exactitud casi cien años después,



cuando se conocieron en detalle los diarios inéditos de Schulze [ver el libro "Gustav Schulze en los Picos de Europa (1906-1908)", publicado en 2006].

1906, Gustavo Schulze

El 2 de agosto de 1906 atracó en Portugalete un barco procedente de Hamburgo en el que viajaba el alpinista y geólogo Gustavo Schulze. Aquel día comenzó para él la primera de tres largas estancias en España que tenían como objetivo el estudio de la geología de los Picos de Europa, pero esta primera resultaría especial: durante la misma, el joven Schulze iba a efectuar la segunda ascensión absoluta, y primera en solitario, al Naranjo de Bulnes, una hazaña por la que su nombre permaneció en el recuerdo de los montañeros españoles. En esta escalada abrió una nueva vía de ascenso en la cara este y otra de descenso por la pared sur.

Pero la aventura del Naranjo aún está lejos, ya que no se producirá hasta octubre. En la primera quincena de agosto Schulze ha de dedicarse a múltiples gestiones, que incluyen un viaje a Madrid. Es en la segunda cuando, al fin, podrá poner el pie en los Picos de Europa, a los que entra por Covadonga y Los Lagos. Una noche, la del 22 de agosto, acampado cerca del río Redemuña (o Redimuña), deja constancia en su diario de la impresión que le produce la belleza de Peña Santa de Enol al ser iluminada

por los relámpagos de una tormenta lejana. A la mañana siguiente, muy temprano, comienza una jornada de observaciones geológicas y apuntes, pero sus pasos, consciente o inconscientemente, le llevan hacia esa cima. A las 12 de la mañana, situado en la base de su cara norte, abandona los campos de nieve en los que se encuentra y se dirige a una banda de calizas pizarrosas de color oscuro que atraviesan la pared. Ha entrado en lo que más tarde se conocerá como Corredor del Marqués. A la una de la tarde alcanza la cima y desde allí contempla con admiración la larga cresta de la otra Peña Santa, la que él denomina en unas notas "cima principal de Peña Santa" y en otras llama Peña Santa de Castilla y Peña Santa de Valdeón. Y como observa que la banda de rocas pizarrosas continúa por la cara sur (la Grieta Rubia) es por ahí por donde efectuará el descenso.

Con esta ascensión, desconocida hasta que se conocieron los diarios manuscritos de Schulze, el geólogo realizó un recorrido por el Corredor del Marqués anterior al de Pidal. Pero él tampoco fue el primero, ya que sabemos de otro paso por el Corredor acaecido con 15 años de antelación.

1891, Conde Saint-Saud

Entre 1890 y 1924, Aymar d'Arlot, conde de Saint-Saud, realizó nueve viajes por los Picos de Europa. La razón principal de los mismos era la toma de datos geodésicos destinados al levantamiento de mapas, una labor en la que, según ha revelado recientemente Luis Aurelio González Prieto (La Nueva España, 23-05-13), Saint-Saud actuaba por encargo del Ejército Francés. Pero Saint-Saud era también un alpinista seducido por la gloria de las primeras ascensiones. En 1891, al ascender junto a Paul Labrouche a Peña Bermeja y contemplar la impresionante pared meridional de Peña Santa, se sintió atraído por la grandeza de esta montaña y el conocimiento de que nadie había hollado aún su cima. Comprendiendo que por la cara sur era imposible intentar la ascensión, los dos franceses se trasladaron a Covadonga y, desde aquí, junto a algunos porteadores, se pusieron en marcha hacia el Lago Enol. Deseaban encontrar un guía que los condujese a Peña Santa y pretendían contar con Pedro Cos, reputado cazador de rebecos y hábil escalador. Pero Cos afirma que él nunca ha subido a Peña Santa y les recomienda a su compañero Blas, un joven que, al parecer, sí conocía el camino. La cumbre a la que terminarán subiendo al día siguiente será en realidad la Torre de Santa María, detalle del que Saint-Saud solo se percata cuando alcanzan la cima y ven hacia el sur la crestería de la verdadera Peña Santa. El pobre Blas no comprende el enfado de los franceses ya que, para él, aquello también es una cima virgen y se llama igualmente Peña Santa. Saint-Saud decide denominarla Peña Santa de Enol, como dice que la llaman a veces en la



vertiente norte, aunque afirma que en aquel momento ignoraba que en Caín le daban el nombre de Torre de Santa María. De la otra cima señala que es llamada Peña Santa de Castilla por las gentes de la región de Covadonga, y que lo hacen así para distinguirla de esta Peña Santa, la más cercana. Al año siguiente, Paul Labrouche, François Bernat-Salles v Vicente Marcos, miembros de su equipo, conquistarían la gran Peña Santa, una cumbre a la que, sin embargo, Saint-Saud nunca ascendió.

Del relato del conde ["Monographie des Picos de Europa. Études et voyages", 1922] se desprende que el ascenso a la Torre de Santa María lo llevaron a cabo por el sur, por una chimenea, probablemente la Grieta Rubia, que no les resultó nada fácil. Por esta razón, para el descenso decidieron variar el itinerario, efectuándolo por una vía que Saint-Saud define de este modo: "El descenso es duro. Para evitar la chimenea y atajar por la vertiente norte tomamos una pared que cae a pico sobre un glaciar". Evidentemente, el glaciar es Cemba Vieya (probablemente en 1891 aún quedaba allí hielo glaciar), de modo que la ruta por la cara norte no puede ser otra que el Corredor del Marqués. El breve comentario sobre el descenso continúa con una referencia al modo admirable en el que los guías locales vencieron el salto hasta el fondo de la rimaya: "¿Cómo han saltado nuestros hombres para hacernos con sus cuerpos una corta escalera? Misterio de equilibrio imposible de aclarar".

Nuestros tres protagonistas, a pesar de que pertenecían a generaciones distintas (el conde Saint-Saud nació en 1853, Pedro Pidal en 1869 y Gustavo Schulze en 1881), se conocieron. Un relato difundido en los años 80 del siglo XX, en el que se cuenta una anécdota que ha calado entre los montañeros y se repite a menudo, ha unido de modo especial sus nombres: se trata de la historia de una cena que, supuestamente, habrían celebrado los tres en 1907 en la Fonda Velarde de Bustio. Al parecer, durante la misma, Gustavo Schulze devolvió a Pidal la tarjeta encontrada el año anterior en el Urriello, agradeciéndole la botella de vino que el marqués y el Cainejo habían dejado en la cumbre. Según el relato mencionado, los primeros vencedores del Naranjo habrían subido nada menos que dos botellas: una se la habían bebido y la otra había quedado depositada en aquella altura como un obseguio para el siguiente escalador que lograse alcanzarla. Pero esta historia, que se atribuyó a Saint-Saud, es completamente falsa. El origen del bulo, un poco lioso para relatarlo de nuevo aquí, se cuenta con detalle en el libro sobre Gustavo Schulze citado más atrás. No obstante, como acabamos de decir, los tres personajes se conocieron, compartieron días de montaña, mantuvieron correspondencia y hasta, en algunos casos, se visitaron en sus domicilios particulares. El nexo común que les unía fueron sencillamente los Picos de Europa.